

Los Adolescentes Como Agentes de Cambio Social: Algunas Reflexiones Para los Psicólogos Sociales Comunitarios

Adolescents as Agents of Social Transformation: Reflections for Social Community Psychologists

Maribel Gonçalves-de Freitas
Universidad Católica Andrés Bello

La adolescencia ha sido frecuentemente asumida como una etapa de vulnerabilidad ante los factores de riesgo presentes en el entorno, razón por la cual los proyectos sociales destinados a esta población están enfocados principalmente a la prevención de situaciones difíciles para los jóvenes en el futuro inmediato, entre las cuales se destacan el embarazo precoz, las adicciones, la deserción escolar y la delincuencia. Este artículo, sin dejar de valorar la importancia de los programas de prevención, plantea la pertinencia de generar proyectos de participación juvenil en los que se enfatice en las potencialidades y recursos de esta población para incidir en su entorno como actores sociales. Para el desarrollo de esta idea, se parte de la reflexión sobre experiencias profesionales con adolescentes con un enfoque participativo y con miras al desarrollo de la actoría social de los jóvenes. De este modo, se plantean algunas sugerencias y aspectos claves a ser tomados en cuenta por el psicólogo social comunitario en el abordaje de esta población desde esta perspectiva.

Adolescence has frequently been assumed as a phase with increased vulnerability to risk factors present in the environment, which is why many social projects aimed at this population are oriented to the prevention of difficulties such as teenage pregnancy, drug abuse, truancy and delinquency. This article, without losing sight of the importance of prevention programs, argues in favor of creating more projects of adolescent participation that emphasize their strengths and their capacities to impact their environment as social agents. Experiences with a participative orientation and which seek to develop the youngster's social agency provide a starting point for these reflections. Some suggestions and key points to consider by social community psychologists that work with this population, from this perspective, are presented.

El Adolescente: Receptor Vulnerable vs. Actor Social

Es bien conocido por todos que la adolescencia es un período de permanente transformación; de cambios a nivel físico, cognitivo, psicológico y social. En este trabajo asumiré la adolescencia comprendida entre los 15 y 18 años, pues es en este rango de edad en el que están fundamentadas las experiencias profesionales que aquí refiero y en consecuencia la descripción y concepción que sostengo respecto de esta población.

Por fortuna, el adolescente ya no es concebido como "perturbado", sino como complejo, por encontrarse en un momento en el que se dan muchas

crisis y conflictos producto del estrés que generan los cambios (Craig, 1988). Del mismo modo, las presiones naturales provenientes de sí mismos y del entorno son inevitables, por cuanto de los adolescentes se espera inicien su proceso de independencia, cerrando ciclos de estudio de educación básica y media, e incorporándose formalmente a la actividad laboral productiva.

Desde el punto de vista cognoscitivo, Piaget plantea que es el momento de las operaciones formales, su pensamiento es abstracto, lo que implica que son capaces de formular y comprobar hipótesis, estableciendo críticas sobre los valores familiares y sociales que les permiten evaluar lo que consideran bueno o malo para sí, pudiendo percibir los conflictos que provienen de sus diferentes roles (hijo, amigo, estudiante, etc.) y superar los que son incongruentes (Craig, 1988). El ámbito cognitivo en la adolescencia es, a mi modo de ver, esencial para el trabajo desde la perspectiva de la participación juvenil, en tanto favorece la evaluación de la presencia de los jóvenes en el campo social y la posibilidad de desarrollar en éste ideas y estilos propios de actoría social.

Maribel Gonçalves-de Freitas, Unidad de Psicología. Parque Social "Padre Manuel Aguirre s.j."

La correspondencia relativa a este artículo, debe ser dirigida a la autora. E-mail: mgoncalves2508@cantv.net.

La autora reconoce la labor compartida con otros colegas que participaron en las experiencias que ilustran las reflexiones de este artículo al igual que las críticas de los evaluadores del mismo que permitieron clarificar y enriquecer algunos aspectos.

Así pues, el logro de la autonomía y la formación de la identidad se convierten en los procesos fundamentales de esta etapa. Aunque pareciera no ser así, las reglas, los valores y límites ofrecidos por los padres son evaluados y asimilados muchas veces por los adolescentes, quienes ya no requieren supervisión directa de estos y tratan a toda costa de crear sus propias normas y valores.

De esta manera, los roles y los valores constituyen la fuente principal de la formación de identidad, en la cual los grupos de referencia juegan un papel importante. Los compañeros sirven de apoyo emocional, de modelo y de audiencia entre sí para el ensayo de nuevas conductas. De esta manera, sus coetáneos le permiten aprender destrezas sociales, controlar su conducta, compartir problemas y sentimientos. Los amigos en esta época son más importantes que la familia.

Por último, son maleables a la cultura y a la moda del momento, por lo cual un adolescente de la década de los 60 será totalmente distinto al de esta época, lo que lleva a la necesidad de comprenderlos de manera contextualizada.

Por otra parte, dentro de esta complejidad de la adolescencia y la vulnerabilidad que pueden suponer los cambios, no podemos perder de vista que los jóvenes que pertenecen a contextos deprivados socio-económicamente presentan elementos distintivos respecto de otros. Esto puede aumentar tal vulnerabilidad, dada la cantidad de factores estresores (violencia en las calles, falta de vivienda, modelos de conducta negativos, condiciones precarias de alimentación) generados por el entorno familiar, social y ambiental al que pertenecen, los coloca ante una situación de desventaja generando impacto significativo en su bienestar psicológico (Rodríguez, 2002).

Entonces, ¿Cómo concebir a los/las adolescentes? ¿Son principalmente vulnerables o fuertes en lo que a la relación con su entorno se refiere?

Planteo esta interrogante en tanto considero es clave para el desarrollo de proyectos o programas destinados a esta población, ya que los mismos están fundamentados sobre una concepción particular del ser humano. En este sentido, sostengo que no debemos perder de vista estos dos rasgos definitorios (la vulnerabilidad y la fortaleza), puesto que dependiendo del énfasis que se haga en cada uno nos presentará una cara distinta de los jóvenes y nos planteará objetivos, estrategias y dimensiones de abordaje diferentes en el trabajo con ellos.

Así pues, desde mi perspectiva la capacidad de

desarrollar el pensamiento abstracto y cuestionar los valores y normas instituidas ya sea en el contexto familiar, escolar o social, aunado a la necesidad de independencia, se traducen en aspectos interesantes para asumir la actoría social en espacios en los cuales estos sean considerados como potencialidades y no como amenazas. De esta manera, la opinión de los adolescentes respecto de sus vivencias, intereses y expectativas propias, de los otros y de su entorno, los convierte en potenciales actores sociales. En la medida que los profesionales asumamos una actitud de diálogo al respecto podremos catalizar este proceso de autoría social.

Ahora bien, este diálogo no supone valorar estas opiniones como “verdades absolutas”, sino como susceptibles de ser confrontadas con otros jóvenes y los propios profesionales, cuyo rol es, precisamente, problematizar la realidad en compañía de los jóvenes a fin de construir espacios sociales posibles para el desarrollo de las ideas e intereses de la población juvenil.

De los Programas de Prevención Para Jóvenes a los Programas de Participación Juvenil: Un Reto Para la Psicología Social Comunitaria

Dos hipótesis resaltan en la toma de decisiones referida al trabajo con adolescentes. La primera de ellas, alude a que tal vez la complejidad de esta etapa contribuya a que la población juvenil, en términos generales, sea poco comprendida por los adultos, quienes en oportunidades asumen una actitud excluyente que los deja fuera de la toma de decisiones y de la participación en actividades, mientras en otras instancias se muestran como salvadores o consejeros del destino de los jóvenes.

La segunda hipótesis se refiere a que la concepción de la adolescencia como población de riesgo está tan naturalizada que es casi inevitable para las organizaciones, los profesionales y los adultos en general, pensar en la necesidad de hacer prevención con la población juvenil.

Recientemente unas estudiantes de la cátedra de comunitaria, de la cual soy docente dentro la especialización de Clínica Comunitaria de la Universidad Católica Andrés Bello, discutían con una comunidad el posible plan de trabajo práctico en el área de violencia doméstica, derivado como una de las necesidades de la comunidad para ser trabajada en estas prácticas. No obstante, ante la fantasía de algunos de los miembros de esa comunidad respecto a que el tema parecería amenazante para las mujeres

maltratadas, propusieron de inmediato desviar la atención a un programa preventivo para jóvenes en esta área por cuanto podrían estar en riesgo de ser en el futuro parte de una dinámica de este tipo, ya fuera en el rol de agresor o de víctima.

Aunque el riesgo no deja de estar y la realidad de nuestra cultura y de las comunidades de bajos recursos lo evidencian en la práctica, llama la atención la facilidad con que se puede suponer que “todo” debe prevenirse en los jóvenes y que además estos son accesibles para cualquier propuesta de intervención. En todo caso, los profesionales de las ciencias sociales y humanas no estamos exentos de asumir tales actitudes, aunque las presentemos de manera moderada y tal vez técnicamente camufladas, lo cual da lugar al desarrollo de proyectos de carácter asistencialista en los que los jóvenes reciben información o capacitación que les alejará de los riesgos presentes en su entorno, vinculados a su momento evolutivo.

En la actualidad, los programas más comunes de las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales son aquellos orientados a la prevención del embarazo precoz, la delincuencia y el uso y abuso de drogas. Si bien considero importante atender estos problemas, que cada vez son más latentes en nuestro contexto latinoamericano, no dejo de cuestionarme el enfoque que estamos empleando para ello. Es decir, ¿por cuánto tiempo más se visualizará el riesgo y menospreciará o colocará como fondo las potencialidades y fortalezas de esta población?

Resulta atractivo para mí explorar nuevas vías que pongan énfasis en el carácter activo de los jóvenes y en la posibilidad de emitir decisiones acertadas en torno a su vida en la medida que sus interlocutores permitamos la reflexión y problematizemos con ellos la realidad. Esto implica por un lado, conocer y comprender el mundo adolescente y cuestionarlo, de ser preciso del mismo modo como ellos pueden cuestionar el mundo adulto. Lo importante es que este cuestionamiento no debe estar definido desde la moral sino desde la ética, llevando como punta de lanza el respeto propio y por los otros.

En este marco de ideas dentro de los programas de intervención e investigación propuestos desde la Unidad de Psicología del Parque Social “Padre Manuel Aguirre, s.j.”, organización en la cual me desempeño profesionalmente, se ha planteado la necesidad de desarrollar proyectos que permitan abrir nuevos horizontes de intercambio y de comprensión de las comunidades blanco que atiende el centro.

Dentro de esta amplia propuesta inicial se ha identificado a la población adolescente como uno de los subgrupos que interesa poder contactar y comprender. Se hace especial énfasis en la comprensión de la cotidianidad y opciones de vida de estos jóvenes, en donde se inserta la ejecución del proyecto de resignificación de la vida cotidiana de los adolescentes a través de la expresión artística, la involucración en trabajo voluntario de adolescentes para algunas actividades puntuales en el servicio, la formación de jóvenes que trabajan con niños, el desarrollo de grupos de apoyo y de psicoterapia para adolescentes. También se incluye acá, la implementación del área de formación humana para adolescentes, como apoyo de la Unidad de Psicología a un programa de capacitación de jóvenes en el área tecnológica, desarrollada por otra instancia perteneciente a la organización antes señalada.

Esta idea la retomaré a lo largo del artículo, acompañada de reflexiones acerca de estas experiencias de trabajo con jóvenes y aludiendo, en momentos, a alguna otra fuera del contexto de esta organización, centrándome en las experiencias de carácter psicosocial comunitario en las que he participado. En este sentido, las ideas aquí expuestas estarán abordadas y presentadas desde la perspectiva psicosocial comunitaria, sin dejar de reconocer que el trabajo comunitario y el tema de la adolescencia son desarrollados también por otras disciplinas (educación, sociología, trabajo social) y en consecuencia, los proyectos de participación juvenil son pertinentes en cualquiera de estas disciplinas. No obstante, las reflexiones aquí plasmadas están circunscritas al ámbito de los psicólogos sociales comunitarios por ser mi área de desempeño profesional.

Del mismo modo, a lo largo del artículo estas experiencias permitirán evidenciar la aplicabilidad de la investigación acción participativa (IAP) y las estrategias y técnicas psicosociales que pueden emplearse en ella. Así mismo, permitirán propiciar la reflexión en torno a la psicología social comunitaria (PSC) como marco teórico que puede respaldar una visión para el trabajo con adolescentes, lo cual es coherente con el principio de fusión entre teoría y praxis, postulado por esta misma disciplina.

Si bien podría optar por el campo teórico o aplicado para este trabajo, he elegido mostrar como ambos se nutren para dar lugar a una práctica reflexionada y a una teoría fundamentada en la práctica, lo cual considero, es uno de los aportes principales de la PSC en tanto da cabida al encuentro entre estas dimensiones y supera, en mi opinión, el exce-

so de acción con un mínimo de reflexión, sistematización y sustento teórico del que adolecen muchas organizaciones dedicadas al desarrollo de proyectos sociales; así como, la investigación descontextualizada o poco vinculada a la realidad de la cual se alimenta gran parte del mundo académico.

En este sentido, experiencias de promoción juvenil con adolescentes como la que nos presenta Ortiz de Ferullo (1997) coinciden con elementos encontrados en mi experiencia, en tanto la autora reporta como su proyecto proporcionó a los jóvenes un espacio para la reflexión, el encuentro, la recreación y la organización social en un marco de aprendizaje grupal y solidario, en el cual les era posible manifestar sus temores y anhelos así como buscar solución a sus conflictos. Todo ello condujo a la identificación de los jóvenes con organizaciones locales y a proponerse acciones a favor del bien común en la comunidad.

De hecho el propósito del proyecto de Ortiz de Ferullo (1997) está referido al desarrollo integral de los adolescentes contribuyendo al logro de su identidad y a la participación dentro de la comunidad. Coloca el énfasis en las potencialidades y no en los riesgos propios de la adolescencia a los cuales he hecho mención antes.

De esta manera, la panorámica para quienes trabajamos con población juvenil en situación de carencia socioeconómica no es en ningún caso desesperanzadora, por el contrario, se traduce en un reto por transformar la situación carenciada en potencialidades para el desarrollo personal de estos jóvenes y de su entorno a partir de ellos mismos. En este sentido, la PSC, cuya experiencia es principalmente con sectores de bajos recursos económicos, ha demostrado ampliamente que es posible convertir la carencia en recurso, orientando el trabajo hacia el fortalecimiento de las comunidades, el cual se define como:

Proceso mediante el cual los miembros de una comunidad (individuos organizados) desarrollan conjuntamente capacidades y recursos para controlar su situación de vida, actuando de manera comprometida, consciente y crítica, para lograr la transformación de su entorno según sus necesidades y aspiraciones, transformándose al mismo tiempo a sí mismos. (Montero, 2003)

Tomando esto como punto de partida, los proyectos de trabajo con adolescentes han de estar enmarcados desde una perspectiva contextual que se proponga potenciar los factores protectores presentes en los jóvenes más que disminuir o contra-

rrestar los factores de riesgo ya conocidos. Y en este sentido, el enfoque psicosocial comunitario aún cuando no es específico del trabajo con adolescentes, se adecúa efectiva y coherentemente a la concepción de adolescentes expuesta antes y favorece el desarrollo de la actoría social en esta población; ofreciendo entonces, no sólo estrategias sino un marco teórico alternativo para el desarrollo de proyectos de participación juvenil.

A favor de ello, desde mi punto de vista, dada la presencia del pensamiento abstracto y el desarrollo de la crítica, propios de este ciclo vital, es el momento ideal para trabajar respecto de la formulación del proyecto de vida, lo cual requiere poder establecer las relaciones entre pasado, presente y futuro. No obstante, es interesante ir más allá, enmarcando este proyecto en el mundo de vida particular del joven que incorpora tanto su historia familiar como social (en el sentido micro y macro) y comunitaria; trascendiendo el ámbito vocacional y la conformación de una familia propia como comúnmente se estipula para los jóvenes. Ello se convierte en el punto de partida para estimular la evaluación crítica de su entorno personal y social, a fin de poder actuar proactivamente en él, promoviendo y fortaleciendo la ciudadanía en los jóvenes.

Desde mi experiencia, es frecuente que los jóvenes que se aproximan a proyectos sociales tiendan a ser empáticos, impulsados por sus necesidades y deseos respetando la condición del otro, susceptibles a la negociación, con interés en comprenderse mejor a sí mismo y a los otros, con deseos de crecimiento y capacidad de decisión para comprometerse con su proceso de desarrollo humano.

Estos son indicadores de que los proyectos de participación juvenil son posibles y tienden a ser exitosos en tanto que los adolescentes valoran los espacios propios en los que pueden expresarse siendo a su vez valorados, tal como lo manifiestan la mayoría de los jóvenes con los que he trabajado en diferentes proyectos, quienes al preguntarles lo que más le gusta de dicha experiencia, responden de manera reiterada: “el buen trato de los facilitadores y la oportunidad de expresarme y compartir con otros compañeros, pasándola bien”.

Un nuevo cuestionamiento puede suscitarse en este momento; si lo anteriormente expuesto ocurre cuando los adolescentes se incorporan de manera voluntaria a los proyectos, ¿qué ocurre con aquellos que no lo hacen y son los que están en mayor riesgo?

Debo aclarar, que en primera instancia definiendo la necesidad de generar modos de convocatoria y vin-

culación con los jóvenes que les estimule y permita decidir su participación voluntaria en los proyectos, por cuanto por un lado, tal como lo afirma la PSC el éxito de los proyectos está garantizado por la concordan- cia que tenga con los intereses y necesidades de la población con la cual se trabaja y por otro lado, los adolescentes rechazan las imposiciones enfrentán- dose a ellas, por lo general de manera oposicionista.

En esta línea por ejemplo, el proyecto de fotografía de la Unidad de Psicología se diseñó como una activi- dad con límites abiertos que permitían la incorporación y desincorporación de cualquiera de los muchachos y muchachas en el momento que lo desearan. Eso hizo que el grupo fuese variando a lo largo de la experiencia, quedando al final un equipo de 15 estudiantes que asistieron a la mayoría de las sesiones y trabajaron en el montaje de la exposición final. La relación fue cordial, se mostraron alegres y poco a poco se fue abriendo un espacio conversacional. Un grupo central hizo sistemáticamente las tareas que le planteamos los pro- fesionales a cargo del proyecto y se reunía en peque- ños grupos fuera de las horas del taller a trabajar.

Durante el proceso invitaron a otros jóvenes a participar, aún cuando al principio les costó adap- tarse al espacio “informal” en contraposición con la rigidez que experimentaban en el liceo y en los otros cursos a los que habían asistido en el Parque Social (contabilidad, preparación para la prueba de aptitud académica). Esto les fue produciendo la sensación de libertad y la posibilidad de acercamiento con no- sotros como facilitadores, transformando incluso la manera como se referían a nosotros, al llamarnos por el nombre y no “profesores” (Gonçalves-de Freitas & Llorens, 2002).

Por otra parte, los proyectos enfocados especí- ficamente a poblaciones de riesgo en un área ya de- tectada y delimitada estarán formulados bajo otro modelo y seguramente requerirán mayor interven- ción de carácter clínico comunitario, que permita actuar sobre situaciones patógenas presentes y en consecuencia, la dimensión de la intervención sería de carácter secundario y terciario más que primario.

La Investigación Acción Participativa (IAP) Como Metodología Para la Construcción Conjunta con Adolescentes

El abordaje de la adolescencia puede hacerse desde distintos enfoques teóricos y metodológicos. No obstante, desde mi punto de vista al concebir al adolescente como ente proactivo dentro de su en- torno, además de comprender las características,

necesidades e intereses propios de esta población y la dinámica grupal que se establece entre ellos y en relación con los facilitadores del trabajo, requiere la incorporación de la participación y de los espacios de creación conjunta para los involucrados en el proyecto. Colocando entonces, la IAP en el marco de la PSC como metodología central para dicho tra- bajo.

Así, partiendo de las ideas de Thiollent (1992) y Da Costa Sales (1981) respecto de la IAP, considero que el valor de esta metodología para esta labor ra- dica en la incorporación que hace de la discusión, intercambio de experiencias y conocimientos entre todas las personas involucradas en el proceso, in- cluyendo al propio investigador. A la vez que da importancia a la cooperación y participación vincu- lada a actividades o situaciones de interés para las personas relacionadas, que si bien responden a ne- cesidades individuales, valoran principalmente los elementos colectivos, hecho que conjugado al inter- és característico de los jóvenes por actuar y com- partir en grupo puede potenciar y fortalecer la parti- cipación juvenil. Ello requiere a su vez el desarrollo de una conciencia crítica y un análisis de la realidad por parte de los participantes, lo cual se facilita en la adolescencia con el desarrollo del pensamiento abs- tracto y la evaluación de los valores aprendidos a lo largo de su proceso de socialización.

Dentro de los principios de la IAP útiles para esta tarea se encuentran: asumir el proceso como un continuo de reflexión-acción-reflexión, respecto de todas las actividades e ideas que emergen dentro del grupo; considerar que los participantes poseen su- ficientes recursos para solventar sus necesidades, a partir de la búsqueda de alternativas en este proce- so de reflexión permanente; establecer una relación horizontal y dialógica entre el investigador y los participantes, en donde se intercambien conocien- tos provenientes del saber profesional y del sentido común. Finalmente, esta metodología considera que las técnicas se adecuan a la realidad y no lo contra- rio y que dicha realidad es flexible, cambiante e his- tórica, por lo cual se requiere evaluar y adecuar para cada situación las estrategias a emplear. Todos es- tos principios guardan relación con la concepción de adolescencia planteada, lo cual será evidenciado en las recomendaciones para los psicólogos socia- les comunitarios que trabajan con adolescentes, que desarrollaré posteriormente.

De esta manera, la IAP nos ofrece herramientas para asumir y vincularnos a los jóvenes como ciuda- danos y potenciar su autonomía en el marco de los

valores de solidaridad, respeto y cooperación tan necesarios en nuestro entorno, ubicándolos con voz y voto dentro de las actividades, en las que pueden apoyarse y brindar apoyo a sus compañeros así como, colocarse en un plano de volver a dialogicidad con el facilitador, lo cual produce a su vez un intercambio de conocimientos procedentes de contextos y ciclos vitales distintos. Todo ello enmarcado desde la vivencia y concepción de la vida cotidiana que tienen los propios jóvenes, lo cual hace posible una construcción propia, con la cual se sientan identificados y unidos afectivamente.

Así mismo, es necesario que los conocimientos y temas discutidos en las sesiones de trabajo sean valorados y considerados como estrategias útiles dentro del mundo de vida de los adolescentes, a fin de que les tienda un puente o camino para la superación personal y ciudadana a partir de su incorporación al mundo adulto y productivo. Todo lo cual redundará en un pensar la vida como un reto permanente cuyo norte es alcanzar una mejor calidad de vida a la vez que se aporta y mejora el entorno.

De esta manera, con una metodología amplia (aplicable a otros contextos, grupos etéreos y otras disciplinas) como la IAP, más que restar particularidad al abordaje de la adolescencia permite rescatar la particularidad de este período del desarrollo en la medida que puede incorporar y valorar las ideas, intereses, necesidades y recursos de esta población en el manejo de las dificultades que afrontan, en la construcción de su vida cotidiana y en el desarrollo de su acción social desde ellos mismos y no desde parámetros externos o ajenos a su mundo de vida.

Se trata de una vivencia personal construida sobre el respeto y consideración por el otro y sobre la valoración y ejercicio de la ciudadanía, lo cual implica un abordaje que trascienda la individualidad para pasar a la episteme de la relación como lo plantea Montero (1999) es decir, a una aceptación del otro como distinto y no como complementario, relación en la cual no se produce una despersonalización de las individualidades, sino que por el contrario se reconoce la singularidad de cada persona, pero sin dejar de reconocer que siempre se es en función de otro.

Castellá, Gonçalves y Schwarcz (2000), en el marco de su proyecto destinado a jóvenes desempleados, manifiestan como estos jóvenes provenientes muchas veces de situaciones de fracaso, al verse colocados frente a sus pares y frente a necesidades comunes, rescatan y redescubren sus capacidades e intereses y se sienten motivados para buscar

trabajo con mayor seguridad a partir del conocimiento de sí mismo y de la realidad, lo cual da lugar a una conciencia, aun incipiente, para responder a diferentes situaciones de modo de proteger sus intereses y defender sus derechos.

Contextos de Intervención de los Adolescentes Como Actores Sociales

En mi experiencia en distintas actividades con jóvenes en las que se promueven los planteamientos hasta ahora descritos, he podido evidenciar que los adolescentes actúan, en su vida cotidiana, impactando de alguna manera los grupos con los cuales se vinculan. A continuación señalaré algunos ejemplos de ello a partir de los proyectos con adolescentes que he desarrollado en compañía de otros colegas.

En un proyecto de capacitación tecnológica para adolescentes entre 15 y 18 años, cursantes de educación media de un liceo ubicado en una comunidad adyacente al centro en el que presto mis servicios profesionales, he encontrado junto a mis colegas que las actividades de formación humana, desde una perspectiva psicológica integral y con visión comunitaria, han generado en los jóvenes destrezas de comunicación entre sí y mayor análisis de sus situaciones de vida, individual y grupalmente.

Esto ha redundado en asumir una actitud de respeto y cuidado de las instalaciones físicas del lugar en el cual realizamos la faena y les ha motivado a propiciar el cuidado de otros lugares en los cuales desarrollan otras actividades. Así, en el marco de la actividad de "proyecto comunitario" que encomendamos ejecutar a los participantes, la cual consiste en que éstos se propongan intervenir sobre alguna situación que les preocupe en los contextos a los que pertenecen (familiar, comunitario, institución educativa) a través de alguna acción puntual; los jóvenes han elegido desarrollar campañas de limpieza en su comunidad o en el liceo convocando a los vecinos y compañeros de clase, según sea el caso, para el logro de este objetivo y en todas las situaciones no sólo han llevado a cabo la actividad sino que han generado curiosidad en las personas que les rodean por cuanto se preguntan por qué desarrollan esta actividad en vez de estar en fiestas o divirtiéndose como el resto de los jóvenes.

La tarea que ejecutan se convierte entonces, en un modo de intervención directa sobre una situación social particular, a la vez que problematiza en los otros la importancia de cuidar los espacios en

los que se está y la reivindicación de los jóvenes como entes positivos en los contextos de los cuales forman parte. Otras acciones derivadas de este “proyecto comunitario” son las campañas de prevención que los propios adolescentes han generado para sus compañeros en torno a temas como: valores, enfermedades de transmisión sexual, embarazo precoz, uso y abuso de drogas, entre otras.

Del mismo modo, la preocupación por la deserción escolar ha sido una de las motivaciones más importantes de estos adolescentes, por lo que se han planteado como proyectos: ayudar a sus compañeros en el estudio de las materias que estos tengan mayor dificultad; motivar y acompañar a un amigo o familiar que haya dejado los estudios para que los retome; ofrecer clases de lectoescritura u otras áreas para niños de su comunidad, algunos incluso desescolarizados.

Todas estas acciones desarrolladas por los jóvenes son muestra de su potencial y disposición a actuar positiva y transformadoramente en su entorno. No obstante, también han intervenido de manera indirecta, en la medida que han generado en la directora y profesores de su liceo curiosidad por conocer mejor el proyecto en el cual los jóvenes participan, llevados por la motivación de saber qué es lo que ha producido cambios en las actitudes de los adolescentes, mostrándose más colaboradores y comunicativos en el liceo, así como con mayor interés y responsabilidad por sus estudios.

En otras experiencias, he podido trabajar con jóvenes que realizan labores de educación con niños de su comunidad, en un caso con niños desescolarizados y en otro con niños de una escuela de la comunidad. En ambos casos han solicitado a la Unidad de Psicología, en la cual laboro, asesoría y formación para mejorar su trabajo y solventar las dificultades que confrontan en el trabajo con los niños.

El desempeño de estos jóvenes de manera voluntaria o con una remuneración mínima, resulta a mi modo de ver, una manera de actuar sobre su entorno para mejorarlo, ofreciendo sus servicios en pro de otros dentro del propio contexto en el que viven. Al respecto, al preguntarle a algunos de ellos por qué realizan esta labor, manifiestan que allí se sienten útiles y valorados, pueden transmitir lo que saben y aprender de los otros. Este es otro de los aspectos que considero vitales en el trabajo con jóvenes, pues no sólo en esta sino en otras experiencias he encontrado la necesidad de sentirse útil y lo potenciador que significa hacerlo para su desarrollo personal, grupal y social.

Así pues, como psicólogos sociales comunitarios no sólo tenemos la oportunidad de generar proyectos con adolescentes para catalizar su potencial actoría social, sino que tenemos a mano grupos de jóvenes ya involucrados en acciones de carácter comunitario. En una oportunidad incluso, al desarrollar un proyecto de formación de recreadores infantiles comunitarios para una institución cultural, me percaté que no fue difícil para las comunidades con las que trabajaba postular jóvenes para esta formación que estuvieran involucrados en el trabajo comunitario o mostraran proximidad e interés por el mismo.

En este orden de ideas, Ortiz de Ferullo (1997) considera como estrategia importante para el desarrollo de programas con adolescentes la detección y capacitación de líderes juveniles. Pues considera que: “En la promoción comunitaria, la incorporación de este grupo (que abarca del 20 al 25% de la población total) es clave para el cambio social, la creación de estilos de vida diferentes, con mayor democracia y calidad” (p. 433).

Por otro lado, el proyecto de investigación para explorar la vida cotidiana de los jóvenes, a través de la fotografía, generó un registro fotográfico de temas que les interesaban a los adolescentes –su familia, sus amigos, su comunidad– (Gonçalves-de Freitas & Llorens, 2002). Estas fotografías fueron expuestas por los jóvenes en los espacios de la Unidad de Psicología y pude observar como las personas que asisten a este servicio mostraban interés por dichas fotografías y se sentían identificadas con ellas, comentando entre sí el nombre del lugar allí fotografiado pues era parte de su comunidad.

Esta exposición significó, en cierto modo, una manera de aproximación de la institución a los miembros de la comunidad a través de la recuperación que hicieron los adolescentes empleando la fotografía.

El Psicólogo Social Comunitario (PSC) Como Facilitador del Trabajo con Adolescentes

La palabra facilitador es realmente acorde para definir este rol, ya que es en los participantes en los que se encuentra la información más importante para el desarrollo del proceso aún cuando el facilitador coloque sus destrezas para conducir el grupo de trabajo y la discusión de los temas que allí se generen, pues su misión principal es catalizar los recursos existentes en dicho grupo, optimizándolos.

En relación con el manejo del grupo, el facilita-

dor debe tener su visión puesta en tres ángulos diferentes: *el proceso del grupo* que implica las interacciones de los participantes entre sí y con el facilitador, *el proceso personal* de cada joven referido a su modo de actuar, expresar y sentir en el grupo y *el proceso del propio facilitador*, referido a lo que está sintiendo y cómo está manejando las situaciones y contenidos dentro del grupo. Es entonces, un buen observador que registra dichas observaciones a fin de emplearlas en la comprensión y análisis del proceso, lo cual deberá discutir con el grupo en el momento que considere oportuno, contribuyendo al mejor desarrollo de las sesiones de trabajo sucesivas con el grupo involucrado, del mismo modo que enriquecerá las acciones futuras de los jóvenes y el trabajo del facilitador con otros grupos.

El psicólogo social comunitario ha de crear un ambiente de confianza, seguridad, cooperación y respeto para este trabajo grupal, en el que cada participante pueda expresar su opinión, responsabilizarse por lo que dice y hace en el grupo a fin de tomar decisiones, en el marco de una relación horizontal entre todos los miembros del grupo y no sólo hacia el facilitador. Estos elementos también deben ser propiciados por el facilitador, respetando los ritmos personales de cada joven.

En este sentido, es necesario evitar la tentación de satisfacer las curiosidades propias del facilitador respecto de algún proceso en particular, así pues no debe solicitarse más información de la que se requiera para manejar la situación y siempre respondiendo a las necesidades de los participantes y al objetivo planteado para el trabajo. Igualmente, no debe focalizarse la discusión sobre problemas o situaciones que no tienen solución o que escapan del control de los participantes.

Al respecto Montero (1997) alerta acerca de algunos peligros que confronta el psicólogo social comunitario en reuniones comunitarias, los cuales son oportunos tomar en cuenta para el trabajo con adolescentes en cualquier ámbito en el que desempeñemos nuestra labor. Ellos son: plantear un tema afín al tratado, que corresponde a una preocupación del investigador, pero que no está directamente vinculado a lo que se está discutiendo; plantear una idea a destiempo, conduciendo a nuevos temas sin cerrar el anterior o regresando la discusión-reflexión a un punto ya tratado e introducir sus propias interpretaciones sin antes escuchar las provenientes del grupo, lo cual limita la participación o el surgimiento de nuevas ideas.

De este modo, todos los aspectos que surjan en

las sesiones deben ser valorados y reflexionados con los jóvenes, no deben haber imposiciones u ofrecer alternativas o conocimientos como guías únicas para el desarrollo personal, pues cada grupo y cada participante tiene derecho a visualizar el proceso a su manera.

Por otro lado, la actitud del facilitador hacia los participantes no debe ser en ningún caso maternal, sino de contención, comprensión y promoción de la autonomía, lo cual requerirá en muchos casos asumir una postura confrontativa que problematice a los jóvenes y les impulse a la toma de decisiones.

El psicólogo social comunitario entonces, no debe ver con lástima o minusvalía a los adolescentes, por el contrario debe relacionarse con ellos desde los recursos que poseen y los que pueden desarrollar. De esta manera, acepta a las personas más no todo tipo de comportamiento, por ello negocia normas y establece límites, siempre en un ambiente de diálogo en el que se reflexione acerca de las situaciones, del grupo y del sí mismo. Cuando se expresa ha de ser directo, claro y sencillo sin pretender buscar la admiración de los participantes.

La idea es favorecer en los jóvenes que su experiencia tenga sentido, que comprendan el significado de sus acciones y comportamientos, así como las causas y consecuencias de sus circunstancias de vida y finalmente, que adquieran claridad y nuevas perspectivas, que les permitan intervenir en su contexto.

Así pues, el psicólogo social comunitario puede aprovechar los recursos que le ofrece la adolescencia para potenciar los logros del trabajo, una vez que ellos se identifican con el proceso, entre los cuales destacan el crecimiento personal de los participantes y la incidencia de éstos en sus ámbitos inmediatos.

Recapitulando hasta aquí, otras de las potencialidades de la adolescencia para el trabajo grupal y comunitario son las siguientes:

1. *La iniciación en el pensamiento crítico y abstracto* de este grupo etéreo que por un lado, favorece la reflexión introspectiva y de su entorno y por otro, genera el cuestionamiento de los valores hasta ahora aprendidos. A partir de ello es posible producir una resocialización, en la medida que podemos mostrar nuevas valoraciones positivas (honestidad, seguridad, iniciativa, responsabilidad, solidaridad, respeto, ciudadanía) y cuestionar aquellas que de su entorno no sean favorables (irresponsabilidad, conformismo, baja participación, individualismo, desconfianza en sí

y en los otros, autoritarismo, inconstancia, entre otros) para su desarrollo personal y ciudadano. Claro está que el psicólogo social comunitario debe problematizar esta situación, más no imponer nuevos valores ni cambio de otros, la decisión es del joven en su proceso de reflexión. Pues parafraseando a Freire (1978) *nadie libera a nadie y nadie se libera solo*.

2. *La importancia de los pares*; si contribuimos a la formación de un ambiente armónico, los compañeros de grupo se convertirán en una referencia positiva en la medida que se identifiquen con el proyecto y sus circunstancias comunes de vida. Así unos fortalecen a los otros en su desarrollo como personas individuales y sociales.
3. *El significado de los grupos de referencia y la necesidad de actuar en grupo*; siguiendo el elemento anterior al convertirse el equipo del proyecto en grupo de referencia para los jóvenes se garantiza su permanencia en el proceso y la posibilidad de construir y lograr conjuntamente las metas propuestas.

Ahora bien, el trabajo con adolescentes desde la perspectiva aquí manejada, requiere de ciertas destrezas o características del psicólogo social comunitario para que éste sea efectivo, a continuación mencionaré algunas de ellas:

1. *Ser flexible para adaptarse a los grupos*, tomando en cuenta los intereses grupales y personales e incorporando estrategias acordes con éstos, lo cual no implica perder de vista los objetivos planteados.
2. *Ser capaz de colocarse en el lugar de los participantes*, lo cual no significa que se compartan las ideas o criterios de éstos. De lo que se trata es de comprender el por qué de estas ideas y valorarlo como punto de vista, sin juzgar.
3. *Confiar y respetar el grupo y las individualidades*. En mi trabajo por ejemplo, ha sido frecuente la pregunta de los jóvenes respecto de cómo sabré si han ejecutado o no su proyecto comunitario, a lo cual respondo que creo en lo que ellos dicen, no se me ocurre pensar que ellos dirían que han hecho una labor en su entorno sin que ello sea cierto. El reporte de avances, la actitud de los jóvenes y el traer personas beneficiarias de sus intervenciones se han convertido en el principal aval de este trabajo.
4. *Propiciar el diálogo en el grupo y lograr conciliar los puntos de vista que están en conflicto*, siendo imparcial en la situación y generando la comprensión de las partes involucradas, de modo

que la solución al conflicto parta de ellos y no del facilitador.

5. *Permitir que los jóvenes generen sus propias reflexiones en torno a los ejercicios y contenidos trabajados*, el facilitador no debe precipitarse a dar respuesta y debe valorar el ritmo grupal e individual de cada participante, de manera que estos arriben a las conclusiones que puedan comprender. Ello no excluye los aportes del facilitador.
6. *Desarrollar los proyectos a partir de necesidades sentidas o temas de interés de los propios adolescentes*.
7. *Admitir sin temor sus fallas o desconocimiento de ciertos aspectos, aceptando y valorando los aportes que en este sentido pueden hacerle los participantes*. Esto favorece la vinculación humana entre participantes y facilitador y genera mayor confianza en el grupo. El psicólogo social comunitario debe ofrecer a los jóvenes seguridad, pues es una figura de autoridad respecto de la conducción del proceso grupal e individual, mas debe hacerlo sin prepotencia y dentro de una relación horizontal que reconoce las capacidades y conocimientos del otro, para lo cual es importante incluso mostrar buen sentido del humor, que produzca cercanía con el grupo.
8. *Reconocer y tener presentes y claros sus propios conflictos, valores y prejuicios*, a fin de poder manejarlos cuando está facilitando una actividad, sin que ello intervenga negativamente en la misma.
9. *Visualizar no sólo al grupo en su conjunto, sino a las personas que lo integran*, reconociendo las fortalezas y debilidades de cada uno y su papel dentro de ese grupo.
10. *Mostrar interés por los participantes y por lo que plantean*, reforzando las capacidades y logros de éstos y señalando sus dificultades o errores. En este sentido, motiva a los más tímidos a la participación y controla asertivamente el exceso de participación de los extrovertidos.

En líneas generales, *observar y escuchar* son dos destrezas fundamentales para este trabajo, más aún cuando se trata de adolescentes, que tienden a ser juzgados en su entorno por sus ideas y actitudes sin antes permitirles exponer sus puntos de vista. Así mismo, el mantenerse en sintonía con el ritmo y la energía del grupo es esencial para poder escuchar, hacer las observaciones apropiadas e incorporar las estrategias y contenidos que resulten de mayor utilidad para cada momento.

El Grupo Como Entidad Significativa Para el Trabajo con Adolescentes

Martín-Baró (1996) recoge seis acuerdos respecto de los elementos definitorios de un grupo: que los individuos se sientan miembros, que sus miembros satisfagan motivaciones compatibles, que tengan objetivos comunes, que las relaciones entre los miembros estén organizadas, que las personas sean interdependientes e interactúen entre sí.

En los proyectos sociales con jóvenes, dado su carácter afiliativo interesa que estos se constituyan como grupo y crezcan como tal, creándose un ambiente de armonía y confianza para plantearse la autorreflexión personal y la definición de un proyecto de vida.

Por otro lado, en tanto proyectos interesados en dar respuesta y aportar a una realidad social particular, tal como he referido antes, es necesario asumir un enfoque psicosocial, desde el cual el abordaje del grupo debe dar cuenta de la realidad grupal como tal de una manera histórica; asumiéndolo como una estructura de vínculos entre personas a través de las cuales sus miembros canalizan sus intereses individuales y colectivos (Martín-Baró, 1996).

Teniendo como base estos elementos preliminares, es menester señalar que el grupo es un espacio de gran "potencia" para fortalecer a las individualidades y el colectivo. En este sentido, Stein (1995) considera que sobre todo en adolescentes el grupo es un lugar ideal para el trabajo, ya que promueve la articulación de lo social y lo individual creando un ambiente natural que rescata la importancia de los pares para los adolescentes como apoyo y reconocimiento. Se convierte así en un espacio para hablar con libertad de sus preocupaciones, angustias y fantasías, que son vividas de manera similar.

El grupo les permite expresar sentimientos de solidaridad y sentirse útiles, pues ayudando a otros aprenden sobre sí, ganan experiencias y habilidades a la vez que, adquieren y refuerzan su autoestima. Además, confrontan su propia imagen la cual devuelven al grupo. Para Berkovitz (en Stein, 1995, p. 155) "...en la adolescencia, los grupos de pares que contienen uno o dos adultos expertos y respetados resultan el mejor lugar para la discusión útil."

Lo importante en la ejecución de las actividades con jóvenes es comprender el proceso grupal, sin perder de vista las dimensiones individual y colectiva (el contexto de procedencia de los participantes y el entorno en el que se desarrolla el proyecto), teniendo una actitud de escucha de las necesidades

de los jóvenes y favoreciendo la reflexión y discusión permanente que incluya las ideas de todos los involucrados. En este sentido, Ortiz de Ferullo (1997) enfatiza la importancia del trabajo en grupo y la realización de talleres con estrategias que promuevan la participación, aumenten la productividad y la consolidación grupal.

Por otro lado, tal como muestran Gonçalves-de Freitas y Llorens (2002), en las conclusiones del proyecto de resignificación de la vida cotidiana de los adolescentes a través de la expresión artística, el recurso artístico y fotográfico es una herramienta útil para generar interés y establecer un primer diálogo con el mundo íntimo y cotidiano de los jóvenes.

Por último, la reflexión continua sobre los diferentes estereotipos y prejuicios presentes en la interacción con estos jóvenes puede ayudar a encontrar vías cada vez más eficaces de intercambio y diálogo en un momento en que estas actividades se hacen urgentes en contextos que enfrentan dificultades importantes para el diálogo entre visiones de mundo y clases sociales distintas, como ocurre frecuentemente en el contexto latinoamericano.

La Evaluación, Discusión y Socialización de Resultados y Conocimientos Producidos en el Trabajo con Jóvenes

Desde esta perspectiva de trabajo, la evaluación al cierre del proyecto además de permitir ajustar y definir las estrategias de mayor efectividad y pertinencia para el proyecto mejorando su aplicación y detectando aspectos a "pulir", es de carácter transformativo orientada al cambio que conlleva implícitamente el propio proceso de evaluar desde los parámetros cualitativos. En este sentido, la evaluación se plantea como una discusión conjunta donde participan todos los involucrados y donde el investigador se asume como un participante más del proyecto, por tanto, expondrá sus valoraciones acerca de la intervención realizada.

De la misma forma, al integrar a todos los participantes en la evaluación, ésta se asume como un espacio para la reflexión conjunta de lo que se hizo, a la vez que se propicia la participación de los involucrados en la toma de decisiones en el proyecto a partir de los resultados del proceso evaluativo, de dónde emergerá la nueva planificación para proyectos posteriores, en cuyo caso se está fortaleciendo la actoría social de los adolescentes.

Esto corresponde a lo que comúnmente se ha denominado en PSC devolución de la información y

con lo que denomina Gonçalves-de Freitas (2003) discusión y socialización del conocimiento producido, referida a la posibilidad de los actores sociales involucrados en el trabajo de examinar con detalle los resultados y conocimientos producidos, presentando sus opiniones y apreciaciones respecto de dichos resultados y de los planteamientos que surjan en la discusión misma, a fin de llegar a un consenso de los aspectos importantes a sistematizar y encontrar el modo más idóneo de organizarlos y difundirlos en el grupo involucrado en el proyecto y en otros ámbitos externos al mismo. Así, se rescata la dimensión reflexiva de los jóvenes y se le incorpora en actividades de las cuales comúnmente son excluidos, reconociendo que ellos son los más adecuados para definir los contenidos que resultan de interés a su grupo y a otros adolescentes, igualmente pueden aportar aspectos significativos a otros ámbitos como el institucional y el académico respecto de los proyectos dirigidos a jóvenes.

En tanto socialización, este momento del trabajo es significativo para la actoría social pues implica poner a disposición de otros los conocimientos producidos y llegar a acciones y reflexiones futuras para el proyecto mismo y para otras experiencias, lo cual fortalece la dimensión política del mismo.

Por su parte, la *sistematización* facilita la descripción, reflexión, análisis y documentación de manera continua y participativa tanto de los procesos como de los resultados de un proyecto. Ella es en sí misma una estrategia de aprendizaje para los involucrados en el trabajo y para otros que realicen acciones similares.

La sistematización implica, recoger y procesar información a lo largo del trabajo y definir un momento para organizar y articular todos los contenidos producidos, este momento se establecerá de acuerdo a las características de la experiencia o proyecto en cuestión. Se trata de un proceso inacabado pues está en permanente revisión y actualización desde una perspectiva constructora.

Esta labor de organización es por lo general tarea del psicólogo social comunitario, en tanto es quien cuenta con las destrezas y el interés para ello, sobre todo cuando estamos hablando de sistematización a través de documentos escritos. No obstante, los adolescentes pueden realizar otro tipo de sistematizaciones, tales como la de registro fotográfico (a la que he hecho mención antes), elaboración de un micro de radio o audiovisual o a través de recursos tan sencillos como una obra de teatro, una exposición oral y gráfica de lo realizado o incluso a través de caricatu-

ras, dibujos o plegables con información breve de la experiencia. En efecto, en la experiencia a la que me referí antes, los adolescentes pudieron elaborar sistematizaciones sencillas respecto de sus proyectos comunitarios y en algunos casos trípticos y/o carteleras informativas para sus compañeros.

Esta información discutida y sistematizada será difundida y divulgada como aporte para los ámbitos en los que se desarrolla el proyecto, a los que pertenecen los participantes e incluso para otros contextos asociados a trabajos de carácter similar.

En este sentido, me sumo a la diferenciación que hace Gonçalves-de Freitas (2003) respecto de la difusión y divulgación de los conocimientos producidos. El primero referido a la extensión de los conocimientos a otros a través de narración oral u otros mecanismos informales de transmisión de conocimiento habituales para los participantes del proyecto. En los ejemplos mencionados, la experiencia con jóvenes nos muestra el impacto que estos producen en su entorno más cercano (familia, amigos, centros de estudio, comunidad) a través de cambios en su actuación y en el modo de relacionarse con los otros en la vida cotidiana, así como la expresión directa de los conocimientos de manera oral a otras personas.

En cuanto a la divulgación, además de los recursos académicos más usuales como el que empleo en este momento para transmitir mi experiencia profesional con jóvenes, son valiosos los modos de divulgación a los que me referí en las alternativas de sistematización (caricaturas, registro audiovisual y fotográfico, plegables, entre otros).

En relación con esta fase del trabajo, el proyecto de resignificación de la vida cotidiana de los adolescentes a través de la expresión artística permitió en primer lugar, reflexionar sobre el material recogido (fotografías de diferentes espacios que frecuentan los jóvenes, personas significativas en su vida, lugares a los que pertenecen) y el significado que estos tenían con respecto a sus vidas. En segundo lugar, se abrieron canales de conversación para complementar ese registro visual (Gonçalves-de Freitas & Llorens, 2002). Finalmente, se hicieron tres exposiciones del trabajo realizado en los espacios de la Unidad de Psicología, los cuales produjeron un impacto positivo en el propio personal del centro, en compañeros de clase de estos jóvenes y en miembros de la comunidad en general, que asisten al servicio, cumpliendo con su misión de recurso divulgativo y mostrando la posibilidad que ofrece este tipo de trabajo para redimensionar la imagen que tienen los jóvenes de ellos mismos, y nosotros

los profesionales de ellos, así como mostrar otras facetas que tendemos a pasar por alto los adultos respecto de su percepción de la vida.

Un Cierre Para una Reflexión que se Inicia...

El trabajo con adolescentes, es a mi modo de ver, un campo fértil para la PSC en el cual queda aún mucho recorrido por hacer, es por ello que a lo largo de este artículo he intentado traducir y recoger elementos de algunas de mis experiencias profesionales con población adolescente. Si bien hay mucho que profundizar todavía en ellas, una idea central las une a todas: el reconocimiento de los jóvenes como actores sociales capaces de generar cambios en su entorno y constituirse como líderes potenciales de la organización comunitaria y recurso significativo para las intervenciones sociales.

En este sentido, este grupo etéreo frecuentemente motivado para involucrarse en proyectos en compañía de otros pares, es un recurso poco aprovechado por los profesionales que trabajamos en este campo de la intervención social y comunitaria.

Así, como psicólogos sociales comunitarios en permanente evaluación y observación de nuestro quehacer y de nuestra disciplina nos compete pensar en alternativas que potencien nuestra labor y nos permitan fortalecer nuestras líneas de trabajo, entre las cuales el desarrollo de proyectos de promoción de ciudadanía con adolescentes resulta ser una dimensión interesante y prometedora para la acción social.

Esto nos lleva a trascender la idea de formular proyectos de prevención de posibles situaciones patógenas o conflictivas en los jóvenes para enfatizar en los factores protectores de esta población y en sus capacidades y potencialidades para ejercer un rol protagónico y proactivo en los contextos a los cuales están vinculados. Para llevar a cabo esta labor contamos con la metodología de la IAP que permite fomentar la participación a través del diálogo y la construcción conjunta, incorporando todas las estrategias y recursos profesionales coherentes con esta concepción.

Ahora bien, estos proyectos de participación juvenil exigen del psicólogo social comunitario una clara disposición y resonancia para el trabajo con adolescentes a fin de garantizar el éxito de dichos proyectos, ya que si esto es un requisito indispensable para toda labor psicológica, se hace aún más exigente cuando se trata de adolescentes, pues la motivación y dedicación para el trabajo con esta población estará determinada por la importancia que revistan las actividades planteadas y sobre todo,

por la confianza y agrado que le pueda ofrecer el grupo y el espacio de trabajo a estos jóvenes.

Finalmente, es nuestro compromiso como psicólogos sociales comunitarios con el área de trabajo con adolescentes y con la PSC, el sistematizar y transmitir nuestras experiencias al respecto, a fin de ir enriqueciendo la propagación de este campo de acción desde esta perspectiva a la vez que irlo fundamentando.

Referencias

- Castellá, J., Gonçalves, S. & Schwarcz, C. (2000). Análise do desenvolvimento de um programa de orientação para o trábalo dirigido a jovens desempregados. En J. Vázquez (Coord.), *Psicología social y liberación en América Latina* (pp. 211-231). México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- Craig, G. (1988). *Desarrollo psicológico*. México: Prentice-Hall Hispanoamericana.
- Da Costa Sales, I. (1990). Pesquisa-confronto sobre cultura popular: Lições de uma experiencia do setor publico. En C. Rodríguez Brandao (Org.), *Pesquisa Participante* (pp. 42-62). Sao Paulo: Brasiliense.
- Freire, P. (1978). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Gonçalves-de Freitas, M. & Llorens, M. (2002). *Resignificación de la vida cotidiana de los adolescentes a través de la expresión artística. Informe de resultados*. Caracas: Unidad de Psicología. Parque Social "Padre Manuel Aguirre, s.j."
- Gonçalves-de Freitas, M. (2003). *La relación investigador-comunidad en el trabajo psicosocial comunitario. Su lugar en la producción de conocimiento*. Trabajo para optar al grado de Magister Scientiarum en Psicología Social, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Martín-Baró, I. (1996). *Sistema, grupo y poder*. San Salvador: UCA Editores.
- Montero, M. (1997). Entre el deseo individual y la necesidad colectiva. El análisis de la reunión de discusión-reflexión en el trabajo psicosocial comunitario. En M. Montero (Coord.), *Psicología y comunidad. Memorias de psicología comunitaria* (pp. 254-263). Caracas, XXV Congreso Interamericano de Psicología, Universidad Central de Venezuela.
- Montero, M. (1999). Los unos y los otros: De la individualidad a la episteme de la relación. *Boletín de AVEPSO*, XXII(2), 67-83.
- Montero, M. (2003). *Teoría y práctica de la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Ortiz de Ferullo, A. (1997). Proyecto de adolescentes: Una experiencia de promoción comunitaria en zonas rurales de la provincia de Tucumán, Argentina. En M. Montero (Coord.), *Psicología y comunidad. Memorias de psicología comunitaria* (pp. 432-446). Caracas, XXV Congreso Interamericano de Psicología, Universidad Central de Venezuela.
- Rodríguez, P. (2002). *Análisis de historias clínicas de estudiantes universitarios con dificultades económicas*. Tesis de Especialización en Clínica Comunitaria. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.
- Stein, N. (1995). *Esta casa no es un hotel*. Buenos Aires: A.B.R.N.
- Thiollent, M. (1992). *Metodología da pesquisa-ação*. Sao Paulo: Cortez Editora Autores Asociados.